

EL RELOJ DE RIO

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

No sé cuánto tiempo había entre los restos del coche y yo y, aunque lo hubiera calculado, no estaba en condiciones de decidir si era suficiente o demasiado. Llevaba caminadas un par de horas a través del bosque, sin rumbo conocido, sin ningún tipo de ambición que no fuera la de huir para ser visto. Curiosa forma de huir... No sé porque, pero ante un temblor de frío mire el reloj. Estaba destrozado, como su cúpula de cristal, pero sabía con certeza que era tarde, ya entrada la madrugada con sólo mirar al cielo. Desabroche la correa y lo lancé lejos, tal vez ahuyentara la mala suerte; no los necesitaba, ni a uno ni a la otra. Un chapoteo despertó la razón y riéndome de la suerte, me acerqué a dónde el infeliz regalo de mi esposa se hundía para siempre. Aquella fue la primera noticia buena desde el accidente. También el primer sonido ajeno aparte de mis inocuos gritos de auxilio y el comentar de los bichos nocturnos que probablemente reían mi desdicha.

Ante mí se extendía un lago, desconocido. A pesar de la avanzada madrugada la luna como sol nocturno brillaba con fuerza y el cielo, rojo como la sangre que brotaba de mi frente, iluminaron lo suficiente como para comprobar que aquella laguna era bastante grande, lo preciso para ver que las ondas del mar inquieto no tenían principio y sí un horizonte. De rodillas, me coloqué en la orilla junto pedriscos y plantas, y lavé mi cara con el agua fresca, limpiando la desfachatez de la imprudencia y vaporizando el alcohol que aún recorría mis venas, ya extinguida su respuesta después de la impresión. Deslié el improvisado vendaje de mi cabeza, empapado en fría sangre, limpié la herida con el cuidado que espera un herido al ser atendido y con la otra manga de la camisa de nuevo taponé el pensamiento deudor y nefasto de aquella noche. La cabeza, la frente, la brecha palpitaba por sus bordes, tal vez se acostumbró al vendaje anterior, tal vez replicaba por mi inconsciencia, tal vez me indicaba el tiempo de vida. El que restaba. Tal vez. Quería tumbarme para descansar un rato, pero un momento de lucidez indicó que no tenía que hacerlo, quedar dormido en esta situación significaría morir desangrado. También provino que al ser un lago de ciertas dimensiones, tal vez hubiera cerca alguna cabaña, o camping, y podría ser socorrido. Tal vez, pero lo suficiente como para convencerme y empezar a caminar por la orilla. Tal vez, tal vez, tal vez todo...

El agua aparentaba tranquila, de vez en cuando se escuchaba algún chapoteo, de entrada y salida, y en la locura creí descubrir un animal nuevo, un pez que curioso me observaba a apenas un metro de mí y la orilla, el "reloj de río" lo bauticé. Tenía la cabeza transparente y refulgía como el cristal, un bisel plateado separaba su pensamiento con el cuerpo repleto de eslabones que asimilaban escamas, con manillas en vez de

aletas, y dos esferas como ojos que marcaban las once menos cuarto. Ahora tenía ganas de maldecir, y gritar e insultar al mundo y su injusticia, de corromper la felicidad de las gentes que la disfrutaban, de socavar el mundo con trampas en las que sólo perecerían los dichosos y las diosas. Temblaba por el delirio y la fiebre exaltaba la brecha, que pugnaba salir entre la manga de camisa. Alertado de nuevo por la débil lucidez, me acerqué al borde para regar mi cuello, pero asustado por las visiones nefastas de la realidad introduje toda la cabeza en el agua de la ensoñación. El líquido, helado y suave, actuó como bálsamo en la futura cicatriz, anestesiando con la temperatura el pensamiento, devolviendo la cordura y la razón. Pequeños haces plateados atravesaban el agua, la luna dispara, guiando curiosa la vista a través del agua. Al no divisar aquel dichoso reloj de río, deduje la disolución de la locura. Pero una veloz sombra irrumpió en aquella deducción, aún a pesar de la parálisis emocional el miedo acudió por primera vez. Continuaba con la cabeza bajo el agua, helada, suave el correr del elemento por la piel. Miré alrededor de la pantalla clara y ayudado, o entorpecido por los rayos lunares que iluminados por sus estertores aparecían miles de sombras que no eran aquella sombra. Los accidentes, que juegan malas pasadas, la mente, que juega malas pasadas, el alcohol, que juega al engaño entorpecían el raciocinio, sembrando de duda, es decir, de miedo por lo no visto o por el no saber lo que se ha visto. Y obviamente aquella duda se volvió definición, cuando quejoso por aquella fatal noche creí en el delirio y en la locura. Comprendiendo que mi caída al pozo de la desesperación había comenzado, volví de nuevo al hábitat común, el de la resignación, el que me correspondía por el resto de la vida. Oxígeno.

Quedé arrodillado un par de minutos más, tal vez por sí acaso no existió una mala pasada y sí una sombra misteriosa, hasta que decidí "basta y continua con la orilla y el encuentra a alguien y el auxilio". Continué pues, sendero, orilla arriba o abajo, alrededor, en busca de lo necesario, sin pensamientos nefastos que agravaran un estado mental obtuso, necesitaba una comunión de lucidez y suerte, y un pensamiento oblicuo en cierta forma no era de agrado. El frío acaparaba extensión, acaso caminar a pocos metros del lago aumentaba la sensación de humedad, y la brecha de la frente lo recordaba. Aún sin aquel viento molesto que movía el follaje del bosque y entretenía mis sentidos para orientarme escuchaba un nuevo sonido, extraño y repetitivo, fuera de las risas de las lechuzas y los comentarios ardillescos sobre mi reacción con el accidente. Aquel sonido, corto, brusco, repetitivo, sin saber en su momento si reía o criticaba mi desdicha, comenzó su compañía y recorrido por mi caracol estruendoso cuando encontré el lago, si bien en aquel instante no reparé en ello o no quise hacerlo, bastante tuve de extravagancias en su momento con el pescado que daba la hora. El "won" que escuchaba, dije brusco y ronco, aparecía entre paso y paso, como si se hubiera convertido en parte y forma del caminar, parte esencial deduje después de quedar parado, como congelado o asustado, y así demostrarme a mí y no al miedo que me recorría cuando dejo de aullar al quedar quieto. Y para

asustar al miedo y no a mí hechizada mente que estaba en lo correcto y no se debía al golpe que mataba a cada minuto, atreví con un par de pasos adelante, gimiendo "ves como tengo razón" cuando el "won" ronco y brusco apareció de nuevo, otra vez entre paso y zancada. Entonces el miedo apareció de nuevo, rememorando antiguos y no tan viejos momentos de reflexión destructiva, recordando la injusticia del buen ciudadano y las risas del ejecutor y los gritos y los llantos y los dioses y todas aquellas visiones nefastas que abultaban los labios de la brecha. "¡Qué quieres!" grite al cielo, cerrando los ojos y punjiendo los brazos para esgrimir una fuerza de la que carecía pero que posiblemente hubiera amedrentado a más de uno, tal vez ardillas o lechuzas. Dentro de aquel pequeño espacio de tiempo, en el que la vista desaparece y aparecen estrellas y relámpagos y monstruos que avanzan hacia mí hasta colocarse justo al lado, quise, precisamente, dibujar una forma y color y un tacto y olor y una ira y odio y un porqué y una pregunta a aquel sonido, o en su defecto a su origen. Y fui incapaz de algo tan escabroso por que, realmente, ¿alguien fue alguna vez capaz de poner nombre a su chica inexistente, dibujarle unas mejillas a su amada o demostrar que Dios existe? No es posible fomentar un pensamiento invisible y esperar a que se reproduzca cuando, y siempre será así, aquella mujer con ese nombre perfecto y unas rosadas mejillas es proporcionalmente inversa a la cantidad de necesidad y esperanza que se habían depositado en aquel sueño. Así, sólo tuve la capacidad de recordar al reloj de rio, que brincaba por el horizonte del lago mientras engullía minutos despistados que revoloteaban por allí y por aquí. Abrí los ojos, dejando penetrar la brisa a través de ellos. El sonido no había dado señales de vida en aquel momento. Notaba, por el frío del chorro que caía por la frente y la nariz y la boca que la herida no cejaba en su insistencia de vivir, y que aquella hermosa señal de supervivencia, la de la vida, era la negación de la mía. Era aceitosa, la sangre, rancia por mi nariz, fuerte el sabor en la boca y precisamente en desesperación racional, chupaba y lamía y tragaba todas y cada una de las gotas que aparecían a mí paso para rellenar la perdida y evitar, en desesperación irracional, una más que posible muerte lenta y agónica.

Volví a caminar, aunque a duras penas recordaba la finalidad de mi avance, acaso una demostración de fuerza y voluntad hacia lo más oscuro de la humanidad. El sonido volvió en sí, "won, won, won" igual de bronco y rasposo, acaso, tal vez, más desgarrador por su cercanía; a cada paso, entre medias de uno y otro, izquierda, "won", derecha, "won", izquierda, "won"; como si ambos no pudieran existir o sobrevivir sin el otro. La vista se nublo de golpe y creí tropezar, pero no trastabillé, si no caí en redondo y de nuevo y moribundo y por siempre dentro del lago sin oleaje ni fin pero con rojizo horizonte, ya sin fuerzas para gritar o patalear o quejarme de la mala suerte o de la feliz existencia de los humanos que nunca lo han merecido pero la gozan porque antes la han robado. Cuando me sumergía, y consciente era de ello, los haces lunares, otra vez plateados, relampaguearon en mi vista y mostraron el fino deslizar de un raro pez, el

reloj de río, con manillas en vez de aletas, cuerpo metálico y dos esferas como ojos que marcaban indefinidamente las once menos cuarto, la inamovible hora en la que ella había muerto, y yo también.